

Augusto D'Halmar

Siluetas animadas

EL ULTIMO PASEO DE GOYA EN BURDEOS



GOYA no había podido salir varios días por hacerlos lluviosos en Burdeos. Mediaba apenas otoño y hasta en tierras meridionales se había echado encima un invierno que para el anciano ya no tendría fin.

Pero esa tarde aprovechando una escampada largamente atisbada desde la ventana, don Francisco se encasquetó de golpe su sombrero de copa y empuñó el bastón, y sin darse por entendido de las protestas de doña Leocadia, que su sordera le permitía desoir, le volvió las espaldas y descendió pesadamente desde su tercer piso, donde vivía con esa paisana entre gobernanta y tirana y su hija Rosarito. Una vez en la calle respiró con más desahogo, aunque la pesadumbre que le oprimía, más que una dolencia fuera como una angustia.

La onza de sus ochenta años, los más indómitos que haya podido vivir un hombre, no había hecho mella en su terquedad baturra, y desde 1792, cuando comenzó a ensordecer con la Revolución Francesa, y 1819, que le salvó el doctor Arrieta, en testimonio de lo cual hízole aquel dibujo alusivo a su poca paciencia de paciente, no había vuelto a estar enfermo. Ahora mismo erguía como un currutaco, con el bastón a la espalda y la

chistera sobre el cogote como en su autorretrato de los Caprichos; pero una corazonada de no sabía desde cuándo, habíale hecho acoger con aprensión esta fecha de 1827, y hacía pasar con apremio, aunque la proximidad de peor tiempo y mayor frío no conviniera a sus años, ni a sus desengaños la de otras Navidades en tierra extraña, a la espera de su pensión de retiro como pintor de cámara de Su Majestad Católica, que no acababa de venir de España.

Iba solo, contra sus hábitos de hacerse acompañar por otros desterrados como Moratín, o el chocolatero también aragonés y liberal Braulio Poe, o Pío de Molina, ex alcalde josefino (a quien acababa de retratar, sin figurarse que manejaba por última vez los pinceles), o, sobre todo, aquel joven marinista Antonio Brugada (que poco más tarde había de tomar el croquis de su tumba en el cementerio de los Cartujos). Iba aparentemente solo, precedido, en realidad, por los mil fantasmas de su vida y su obra y escoltado por alguien cuyo paso se confundía con el suyo para su oído duro, y cuya sombra se fundía asimismo con la suya, en ese claroscuro que él infundiera tantas veces a sus aguafuertes. Al proyectarse la silueta de don Francisco de Goya y Lucientes y su sombrero de copa alta, parecía la de un alma en pena llevando a cuestas un cadáver.

Iba instintivamente, solo consigo, porque acudía a su última cita con la Naturaleza. Y aquellos ojuelos grises que entre las enmarañadas cejas entrevieron tantas cosas en el mundo del color y la forma, y otras tantas en el otro mundo visionario del ensueño y la pesadilla, ahora abarcaban, como para absorberla, toda la luminosidad del ambiente y toda la vaporosidad de la luz.

Marchaba a pasos medidos y contados, él que se prodigó en cien direcciones, encaminándose, desde su número 39 de la calle de la Intendencia, a la ribera, acaso porque le atrajera ese río tan próximo a perderse, como él, en el mar, que al fin y al cabo Bordeaux no quiere decir sino al borde de las aguas. Y

aunque en nada se parezca el Garona al Manzanares, no está dicho que en sus orillas no encontrara añoranzas de la Pradera del Corregidor y de la de San Isidro. Por lo pronto, el sordo, viendo correr el agua, debía de creer que oía su rumor, como cuando volaban sobre el teclado del clavicímbalo, los dedos de su amigo Brugada, rememoraba en el silencio sepulcral de su memoria, boleros, seguidillas y fandanguillos de candil y cascabel gordo.

Y ese conquistador, por la vejez disfrazado de viejo, seguramente no evocaba tanto a aquella que le dió veinte hijos, ni siquiera a los diez y nueve hijos muertos, sino se complacía en discurrir, andando y hablando en destemplados soliloquios de quien no se oye a sí mismo, galanteos y amoríos. Sobre todo, una obsesión hacíale dúo, y era la de esa peregrina Cayetana, encarnación para siempre, por obra y gracia de su amante, de la majeza madrileña; esa María Teresa Cayetana, duquesa de Alba y otras yerbas, para el sepulcro de la cual el pintor de los «Caprichos» imaginó un diseño en que tres fantasmas amortajados llevan a enterrar esa majita, que era una míaajita, de sal gorda, ¡todo el donaire del mundo! Un cuarto de siglo había transcurrido desde que Nuestra Señora de los Chisperos se fuera a otra parte con su chispeante fandango; pero ¿acaso envejecen las dulcineas? Esta tuvo la única cordura de morirse joven, y, aunque así no fuese!, en el corazón de Goya seguía teniendo la edad de aquel primer ensombrerado retrato, cuando su pintor grabó los nombres de él y de ella en los dos anillos que la adornan, en prenda de un connubio que nada ni nadie había de quebrantar.

Goya cruzaba Burdeos, ciudad de aguas y vinos, ese atardecer de otoño, para él lleno de presagios, taconeando fuerte como para desafiar a la tierra que, intentando tragárselo, iba a abrirse en breve bajo sus plantas. Sabía que la había hecho pedestal suyo; pero el buen pensar de Sancho que adquiere todo octogenario de magín y riñón despejados, es decir, libre de ti-

quis-mi querías, habíale hecho aprender cosas que a su vez pretendió enseñar a los demás. Y lo único que al esqueleto de sus «Estampas» se le ocurre escribir en su lápida es la palabra NADA. Nada de nada para quien creyó tenerlo todo: juventud, genio, amor, fortuna y gloria. De tanto fuego no restaba sino un poco de humo, que tampoco tardaría en disiparse; una piedad colérica y despreciativa por sus semejantes; una doña Leocadia Zorrilla (y no de mote) que le aguardaba tras de la puerta de su piso tercero para recriminarle a inútiles voces su escapada; una patria ausente; vejez, pobreza, obscuridad y olvido y apenas en el fárrago de su memoria un recuerdo de amor.

Iba obscureciendo. Don Francisco se despidió de esa corriente de agua que incesantemente llevaba hacia el mar sus tardas y tardías divagaciones y abrazó con los ojos el ámbito amado del cielo, que, ése sí, se albergaba en su pecho.

¡Poca cosa el hombre; pero inestimable la pequeña partícula que destella e irradia en el fondo de su ser y que nada, ni la muerte ni la nada, conseguirá extinguir!